

MUJERES

Marvin Menjívar



Historias  
Cortas

MARVIN  
MENJÍVAR

# Capítulo 1

1

## **POSIBILIDADES**

Veo el perfil trasero de mi esposo con la luz de la luna como reflector. Me pregunto su verdadera opinión de mi. Siempre me dice que soy la mejor esposa del mundo, carismática, amable, una mujer ideal. Luego de leer sus mensajes; los que yo nunca debía haber visto, estoy consciente de una duplicidad en sus expresiones. A su amante, le explicaba que yo era frígida, odiosa, aburrida, casi una estúpida. No me dejaba por lástima. A mi, una doctora en medicina en general, de las pocas que han logrado establecer una clínica. La tentación de acariciarlo y quebrarle el cráneo con un jarrón de metal son igualmente tentadoras. Quiero que me pida perdón, pero también quiero sangre.

El problema no es solo haber descubierto su infidelidad sino haber leído Perdida y Nunca Me Dejes Ir antes de todo este caos. Desde hace días, me siento atrapada entre la disyuntiva de matar a su amante para destruirlo o desaparecer para torturarlo o inculparlo de mi desaparición. Está demás decir que luego del duelo de perder la imagen inmaculada de tu alma gemela, llega la rabia no solo de haber sido tan ciega sino de permitir a la persona verte la cara de estúpida por tanto tiempo. Sí he sido un tanto estúpida, después de todo, pero eso para el principio y medio de la historia, pero no voy a ser definida por eso.

Los he espiado por meses, cada excusa traslapada con la repulsiva verdad de su traición. Supe que quería venganza en dos momentos claves: cuando la llevo al mismo lugar de nuestra luna de miel y me dio la excusa de una reunión de trabajo, y cuando observé su cadena de plata, la misma que me había dado para el sexto aniversario de casados, para rematar: era una promoción de dos por uno. Así de desgraciado y tacaño, es mi esposo.

He preparado los mismos desayunos de siempre, la cama siempre está bien hecha, la casa siempre está limpia. Nada ha cambiado en teoría. Mi esposo no debe saber que yo sé de su asquerosa infidelidad. Todas las noches es la misma historia. Me pregunto cómo va a lucir dormido, después me preguntaré cómo se mira mientras los gusanos lo consumen.

Es otra de esas noches largas e infinitas como las posibilidades. Me muevo en la cama con gran cuidado, como si estuviera sobre cristales. Siempre he sido considerada con mi esposo. A pesar que él se va antes al trabajo, siempre me despertaba antes para prepararle el desayuno. He inventado una enfermedad inexistente como excusa para no hacerlo más. Odio tener que mentir y no decirle que ya no seré la tonta que él cree, pero para mis

planes, es indispensable.

A medida que desciendo las escaleras con cuidado para llegar a la cocina y prepararme un té chai, me doy cuenta de lo mucho que amo esta casa que creí perenne como mi matrimonio pero tan pronto como Stephen esté muerto dejaré estas cuatro paredes. *No soporto los recuerdos*, diré a mis vecinos y amigos mientras gruesas gotas de lagrimas caen de mi rostro, forzadas; las cajas con mis pertenencias en mis manos, no muchas. Las de mi difunto esposo en el auto, en el baúl, las cuales sacaré en medio del camino, rociaría un poco de gasolina y les prendería fuego. *Adiós a los malditos recuerdos*, diría de forma bravucona ante la llamada solitaria.

Tomo asiento y sirvo mi té luego de hervir la leche; servir en la bola infusora de plata en forma de corazón, un regalo de mi cuñada el cual si conservaría, es demasiado hermosa y glamorosa para deshacerme de ella por la rabieta; agregar la cucharada de azúcar, mover con paciencia. La noche es joven.

¿Realmente mataré a mi esposo por engañarme? ¿No le pediré una explicación? ¿No le reclamaré por hacerme perder el tiempo y mi dinero, en invertir en esta casa y la decoración? ¿Le preguntaré si nuestra relación significó algo para él? ¿Le cuestionaré si desea que volvamos a ser un matrimonio estable otra vez? O antes de matarlo, ¿le diré que me pida perdón?, ¿le reclamaré por hacerme perder el tiempo?, ¿me arrepentiré de hacer que su corazón se detenga o desearía reanimarlo? Creo tener el valor necesario, pero tal como dije que al perder mi primer paciente no perdería la cabeza, y estuve deprimida alrededor de un mes, así podría ocurrir con mi matrimonio convertido en viudez por mi propia mano.

En el cuarto sorbo, me doy cuenta de mis lágrimas derramadas por los recuerdos que me invaden. Recuerdo cuando lo conocí en una fiesta de una amiga de la universidad, lo empujé cuando intentaba moverme en el camino para tomar un aperitivo de la mesa. Se le cayó el vaso de ponche en otra chica a quien intentaba disculparse por lo que tuve que intervenir para que no lo abofeteara. Salimos de la fiesta y hablamos toda la noche bajo la luz de la luna, la misma luna que ha visto nuestros mejores y peores momentos, la misma donde se escondió para engañarme. Quiero eliminar los instantes de felicidad absoluta, puros como un sorbo de café espresso: los besos cariñosos, sus palabras románticas, sus votos matrimoniales, cuando me dio el anillo de compromiso y me dijo que quería estar conmigo el resto de nuestros días. Ahora será el resto de mis días.

Sentada en el desayunadero, abro una de las gavetas de la alacena del costado. Es donde están todos los cubiertos, tres filosos cuchillos brillan de forma atractiva, diciendo, *soy tu arma*. Sacudo la cabeza. *Estoy loca*.

Es otro pensamiento que me ha cruzado en la cabeza.

¿Por qué no simplemente dejarlo ir y ser feliz con su amante? ¿Por qué no buscar otra felicidad? Simple: porque no me da la maldita gana.

Hay demasiadas formas para matarlo, siendo doctora he aprendido métodos mortales, por supuesto, con el fin de salvar a las personas de las garras de la muerte, pero el otro lado de la moneda es necesario ahora, el otro lado de la guadaña. Envenenamiento, demasiado sospechoso y deja evidencia; acuchillamiento, finjo un atraco en casa o en el camino, pero la policía descubre las debilidades de mi plan y me descubren; cortar los frenos de su automóvil, muy de telenovela y no pasaría nada más que sospecharía de mí luego que el mecánico le explique el diagnóstico; decirle que hay un animal en el techo y empujarlo desde ahí, posibles testigos oculares; fingir que me golpea y apuñalarlo. No está en mi lista de deseos una estadía en prisión.

Me he acabado el té para cuando ya no tengo más ideas. La densidad de la oscuridad es cada vez mínima, el amanecer está a punto de hacer su rutina de siempre, el sol apareciendo como huevo estrellado de una de las esquinas del horizonte. Estoy cansada, estoy harta de no descansar lo suficiente, de estos planes. Estoy asqueada de la idea de volver a la cama con un hombre al que he dejado de amar y que solo quiero ver muerto. Pero no hay alternativa.

Matar no es el problema sino ser descubierto, algo que no voy a permitir, pero no tengo prisa. Dejaré que Stephen me siga mintiendo, sus mentiras como bloques de madera cayendo en la hoguera de mi alma hasta que en un momento todo explote. De cualquier manera, si hay planeación, matarlo, matarme o matarla no será un problema, solo la elección de las herramientas.

## Capítulo 2

2

### **El Árbol de la Vida**

Este es el momento en que los hijos que decidí tener, que me obligué a criar, aparezcan en el naufragio donde estoy, serían las luces de bengala para pedir socorro, serían los botes salvavidas; en su lugar solo están los recuerdos y porqué no admitirlo, un poco de culpa.

Me casé muy joven, a los 20 años, simplemente para escapar de la tiranía de mis padres, su eterno descuido. Sin saberlo yo iba a dirigirme al polo opuesto y sería una madre controladora. Mi madre era adicta a si misma, a los tratamientos sinfín en el spa, mi padre tenía tres adicciones: el trabajo, el alcohol y las apariencias. La única forma de dejar la casa sería con un hombre de dinero.

Solía frecuentar restaurantes diversos con mis amigos con la excusa de variedad y cambio. No considero necesario mencionar que eran restaurantes de alto nivel, no los más caros pero si de los más opulentos.

Encontré a Daniel en un restaurante especializado en comida italiana, noté su mirada de interés y luego averigüé acerca de sus bienes. Volví al restaurante en repetidas ocasiones a probar la misma pasta, la más barata del menú. En ciertas ocasiones no lo encontré, fueron decepciones dolorosas por el conjunto de ropa desperdiciado, por el tiempo desperdiciado en el maquillaje, la sensación de las miradas juzgandome por la soledad en mi mesa. Perdí tiempo, dinero y dignidad, de esos solo el tiempo no es renovable. Pero un buen día apareció, me notó y lo demás es historia conocida por todos aunque no tuve el prometido final feliz de esas historias cliché.

Me case, me fui de casa, le pase dinero a mis padres, eso cuando la gratitud aún me tenía agarrada del cuello, luego el resentimiento del pasado me liberó.

No estaba dispuesta a tener hijos. No quería hacerlos infelices pero más importante: no quería tenerlos, por el dolor involucrado, las responsabilidades, el supuesto amor incondicional. Era demasiado, pero no tanto como la amenaza de perderlo todo cuando Daniel se aburriera de mi. Lo percibí en sus falsas alabanzas por mi comida mediocre: su actuación ya no era tan buena. Ya no le importaba insatisfacerme, también fue evidente en mi cama, ya no había esa desesperación sino un

dominio de sí mismo ajeno a él. Sabía que ya no era una novedad.

Tuve a Grace, después a Harry. Ambos crecieron en un hogar sin carencias, ambos nacieron al tiempo que me parecía que Daniel iba a dejarme, pero luego de Harry y casi después de diez años de matrimonio, sabía que estaba a salvo: ya conocía demasiado bien las leyes, las posesiones de Daniel. Tenía un control y poder únicamente disponible tras bambalinas, pero a veces no importa el cómo sino simplemente poseer algo.

Queda demás decir que fui una madre exigente. Mis padres me habían descuidado así que mantuve a mis hijos demasiado cerca de mí, quería que gravitaran a mi alrededor, me complacieran, hicieran todo lo que yo no había hecho, no por frustración del pasado sino porque asumí que era todo lo que adolescente desearía, pero me equivoque. Los obligué a seguir rutinas que despreciaban, a estudiar cosas que los hacía infelices, a juntarse con personas desagradables a sus ojos. Yo hice lo mejor que pude con lo que sabía, bien dicen que no hay peor pecado que la ignorancia.

Mi esposo me dejó por una mujer más joven, más comprensiva, mis hijos por ideas más bohemias, contemporáneas. Todos han huído de mí como si tuviera una terrible enfermedad, se llama la influencia del pasado.

Así paso los días en mi casa: deambulando de habitación en habitación, peleé tanto por la casa pero la aborrezco, su vacío, las implicaciones de dicho vacío; salgo por las tardes a tomar el té o un café con mis amigas de la alta sociedad, mujeres odiosas y detestables, como yo; en las noches era lo peor, antes solía llorar, ahora solo siento una eterna condición de frío extremo. Tengo siempre que dormir con un edredón en la mano, especialmente los pies. Mi doctor dice que es presión baja. Yo le llamo soledad extrema.

Espero un día ser aceptada, tener la atención y cariño que siempre desee. Siempre he deseado algo mejor de lo que he tenido, y a veces lo he conseguido. No debo privarme de soñar que las posibilidades aún estén a mi favor.

## Capítulo 3

### **Hora de Irse**

Es hora de irme. La vida ya no tiene sentido.

Esas fueron las primeras palabras en la nota de suicidio de mi hijo. No habría sido tan devastador si me hubiera dicho algo, o si me hubiera invitado a perder la vida con él. Aunque lo que más me dolió fue pensar que mis pequeños servicios, que eran formas de demostrarle mi amor y devoción, había pasado desapercibidos. Su vida ya no tenía ningún sentido, ¿qué significaba eso sino que ni mi amor incondicional de madre podía salvarlo?

Una madre falla en su intento de suicidio luego que su hijo se suicidó dejando una nota diciendo que simplemente se había aburrido de la vida. ¿Qué puede salir mal? No tuve mucho tiempo para pensar en eso luego de abrir los ojos ante un blanco denso, como intentar ver tras la leche o un puñado de algodón. Pensé que finalmente encontraría a mi hijo otra vez, aunque me pareció extraño encontrar ese blanco irregular, ya que por la creencia popular creí que terminaría en un color rojo o café, representación ideal del infierno, aunque la idea de ir a él no me aterraba de reencontrarme con David. Era la idea de una negrura tan intensa y silenciosa como la noche que me daba escalofrío, el pensar que dejaba el mundo y sus posibilidades para terminar en un gran vacío como el del interior de un vaso de cristal.

Pero a medida que el blanco se hacía menos denso, como salir del agua dulce para encontrar la superficie, entendí que el color profundo no era de los parajes del otro mundo sino del mismo de siempre. Entonces vino la pregunta resonando, triunfante. Quizá una pregunta que David se hizo, pero él sí tomó la cantidad necesaria de pastillas. Y por si acaso también se metió montón de piedras en los bolsillos y se lanzó al mar.

—Abrió los ojos —explica una mujer con voz grave, la imagino regordeta, estricta, dura—. Es una buena señal.

—Casi —dice una voz de hombre joven, en el tono hay una ligera acusación más que un alivio.

Ahora que estoy sumergida en mi cuerpo perezoso, en mis recuerdos, en mis pecados y arrepentimientos, pienso en lo que dirá mi esposo cuando finalmente venga a recogerme, cuando tenga que darle las explicaciones

de mis acciones.

Luego de la muerte de mi hijo perdí la razón, y no lo digo en un sentido figurado. He sido una contadora toda mi vida. Mi trabajo se centra en cantidades exactas y precisas, en cuentas claras, pero de la nada, bueno, no de la nada sino por todo, ya no veía números frente a mi sino garabatos, ganchos, palitos, letras invertidas. No podía mantener el diario de la compañía ni llenar los formularios de los impuestos. Me sentía ciega: veía todos los caracteres y ningún mensaje llegaba a mi cabeza, no había conexión, nada.

Mi jefe sintió lástima por mí y me llenó de asistentes, uno tras otro, quienes eran incapaces de mantener su trabajo y el mío a flote. Eventualmente, mi esposo notó mi distracción general, la vez que casi morí en el accidente de tránsito por no poner atención a las señales. Pensó en internarme en un manicomio llamado la reserva Dahl, pero no tuvo el valor suficiente.

Cuando tocaron a mi puerta ese día, estaba preparando unas galletas, tenía las manos llenas de harina, la ropa manchada de blanco, me reía con mi esposo quien me contaba el programa de televisión desde la sala. No me había acercado para no manchar los muebles. Apenas abrí la puerta con una mano no tan llena de polvillo, y vi entonces a dos mujeres robustas en mi puerta. Fue lo primero que noté, luego fueron las placas de policía en su pecho. Les sonreí levemente. Tenían una expresión fúnebre en su rostro pero mi sonrisa era estable. Pobres mujeres, las cosas que deben ver en las calles les debe dejar ese gesto perpetuo, pensé. Ya me veía como la buena samaritana sacando unos dólares de mi bolso. Seguro era para una colecta que habían venido a tocar la puerta, los bomberos y los rescatistas lo hacían.

—¡Buen día! ¿Cómo puedo ayudarles?

—¿Esta es la residencia de los Graham?

—Sí —la realidad me pegó de golpe: no era yo quien debía sentir lástima de sus expresiones, dichas expresiones eran por la lástima que ellas sentían por mi.

—¿Es usted madre de David Graham?

Me agarre del borde de la puerta para no caer. Nadie pregunta si eres la madre de alguien porque sí, siempre hay una razón, usualmente una terrible. Me llevé la mano a la boca y vi la blancura de la harina y lo

primero en que me preocupe fue pensar en la facha que iría a la morgue a identificar a mi hijo. Luego todo estaba negro, y así permanecería.

David estaba con las manos en el pecho, como tantas veces lo encontré durmiendo y le dije que no durmiera así, ya que era como solía ajustarse a las personas en los féretros. Él se reía y me decía que eso no tenía ningún sentido, pero aún así, debió haberlo pensado mientras empezaba a hundirse por las piedras que llevaba en los bolsillos del abrigo verde de mi abuelo que se llevó para su cometido. ¿Sufrió? ¿Se arrepintió? Pensaba, sin formularme la pregunta definitiva ¿qué iba a hacer y ahora?

—Su esposo está aquí para verla —anuncia la enfermera, siento compasión y también su recelo en su cuidado. Para ellos debe ser así, es como haber rescatado a una serpiente. Nunca se sabe si valió la pena.

Me sentía débil pero no lo suficiente para rechazar la visita de Nicholas, para fingir que nada había pasado, para relegarlo a las sombras. Lo vi y mis ojos sólo decían, lo lamento, no por haber sobrevivido o fallado sino por no haberlo tomado en cuenta antes de morir. ¿Hubiera pensado eso David si no hubiera tenido éxito en su suicidio?

—¡Hola! —le dije, en una voz más frágil y quebradiza de lo que esperaba.

Se quedó mudo por unos instantes y tomó asiento a mi costado. Veo las canas en su cabello que se han multiplicado, su rostro que ya no es lozano como cuando nos conocimos hace tanto tiempo en aquella feria donde mi amiga no llegó y su amigo le llamó a última hora para decirle que su automóvil se había averiado. El mejor complot que me pudo pasar aunque sospecho que de tener una elección, Nicholas habría tomado otro camino que no incluyera un hijo y una esposa suicida.

—¿Sabes que pensé que nunca volvería escucharte decir eso? —lleva las manos a su rostro para dar un respiro profundo y ocultar sus lágrimas. Hasta ahora se me ocurre que así ocurrió con lo de David, y tuvo que mantenerlas reprimidas junto con los reclamos que debió formular su mente cuando estaba hartó. Me doy cuenta que he sido una egoísta. David también lo fue, pero no tuvo tiempo de darse cuenta de ello.

—Lo siento. No volverá a pasar —lo digo como si se tratara de no volver a dejar caer un plato que se hizo pedazos, o no volver a comer un alimento que me cae pesado. Se acerca a mi y me da un abrazo leve. Debe temer seguirme lastimando.

—Pensé que te había perdido —explica con la voz asfixiada por la sábana en el abrazo de oso.

—Yo también.

Entonces viene a mi una visión inesperada, lo último que recuerdo luego de haberme tomado el puñado de pastillas. Fue un recuerdo ¿o no?

Era David cuando era pequeño, entraba al cuarto riendo, bailando pero no gritaba, él no me quería despertar. Recuerdo sentir el cuerpo tan cansado, pero todo era tan vivido, esto tuvo que haber pasado en algún momento específico de la historia, entre la rutina de la familia. Entonces se acercó a mi rostro y me dijo, *es hora de levantarse, mami*. Abrazo a Nicholas con más fuerza. Mi hijo se dejó llevar hasta lo más profundo, y casi lo sigo hasta allá sin darme cuenta que he estado en la tierra más firme que existe.

## Capítulo 4

### 4- EL PRIMER SECRETO

Sabía que estaba en apuros cuando al cambiar la caja de vasos de plástico, alce el brazo y la blusa manga larga de seda se deslizó debajo de mi muñeca, lo suficiente para mostrar las pruebas de mi pasado. Miriam resistió la tentación de preguntar al respecto pero no lo olvidó. ¿Cómo ignorar las marcas transversales en mi piel? No eran producto de un accidente, eso lo notaría cualquiera con un poco de mundanidad, los cortes eran demasiado nítidos, todos con la misma longitud. Me he sentido tentada a medirlos, pero solo verlos me hace estremecer.

Son productos de mi culpa, mi forma irracional de lidiar con la presión. Sé que mi psicólogo tendrá algo que decir al respecto, en contra, por supuesto; pero no es algo que me inquiete en este preciso momento.

¿Es normal imaginar a Miriam morir? ¿Es normal imaginarla ahogarse, estrangulada en un callejón iluminado por la tenue luz naranja del atardecer, es común que me regocije con esas imágenes? No para mi.

Tiempo atrás, tuve que matar a alguien. El reporte de la policía dice que fue un accidente. ¿Qué pensaría la gente al enterarse que se trató de un homicidio premeditado? Esa era la pregunta que me acosaba día y noche. Me felicitaba por mi triunfo, pero pensaba en la llamada hipotética, el señalamiento fortuito, la acusación puntiaguda.

No hay mejor secreto que el que no se dice, pero es mucho mejor el que nadie presencia. Para mi mala fortuna, alguien descubrió lo ocurrido. Alguien me vio empujar a mi entonces ex-novio a la piscina, lo hice a sabiendas que no podía nadar. Le había dicho que nos reuniésemos para hablar de nuestra relación, aún si ya sabía que estaba acabada. Prometo que seré breve, con esas palabras lo convencí. Él podía confiar en mis promesas, siempre las cumplía. Te daré lo que quieras esta noche, si necesitas dinero solo dímelo, no sé qué haría si me llegases a traicionar.

Al reflexionar al respecto es algo tan estúpido, no puedo decir lo fue porque es parte de mi presente, es la sombra que sustituyó a la mía, más oscura, tangible como el petróleo, no es solo el bloqueo de la luz.

¿Podrías hacer algo para remediar lo que me hiciste? Le pregunté, sus pies estaban a solo centímetros del borde de la piscina del gimnasio escolar. La idea vino entonces: solo había una posibilidad. No debí engañarte. Lo siento, pero encontrarás a alguien. Me dijo con voz lastimera, falsa. Ya la había escuchado antes, solo quería callarme. Yo quería callarlo para siempre. Yo si pienso en una forma, el agua me pedía empujarlo, entregarlo como un sacrificio, volviendo a nacer. Entonces

cayó al agua. Corrección: lo empuje, el agua lo tomo con su manto celeste y lo retorció dentro de sí como un trapo antes de tenderlo. Me fui del gimnasio como si nada hubiera ocurrido.

Alguien me vio cometer el hecho, tal como Miriam ha visto mis cicatrices. Me confié, deje las pasar las semanas sin decir nada, sin confesar. Eso hizo todo mucho peor. Si hubiera dicho que Henry había intentado propasarse conmigo, que había hecho todo en defensa propia, podría haberme defendido. Ahora no estoy confiada, estoy aterrada.

He sido una excelente gerente, he hecho mi deber, que me ha costado mucho más culpa de la que esperaba. En prisión me hice las marcas, recordatorios que aún estaba con vida. Era presa fácil de mujeres que habían cometido crímenes a sangre fría, que me consideraban una mojigata hipócrita. Yo sabía la magnitud de mi crimen, pero no esperaba las críticas de personas con record peor que el mío. Intentaba ser indiferente con ellas, luego me obligaron a cortarme para recordar lo que había hecho. No lo podía olvidar en la situación en la que me encontraba, pero ellas querían asegurarse.

Así que aquí estoy ahora, mordiendome las uñas en lugar de pasar una navaja filosa en mi muñeca, es lo que desearía hacer, siento inclusive una comezón, como si las cicatrices pidieran una nueva, una mayor, el sacrificio final.

Miriam va a descubrir quién soy. Me va a exponer. Yo misma lo haría si fuera ella. Ha deseado mi posición por tanto tiempo, no va a perder una oportunidad tan preciada. Yo ya no puedo seguir escapando de mi pasado, no tengo las energías, he hecho lo que he podido y no ha sido suficiente. Como el agua me llamó ese día a hacer tan horrible acción, ahora veo el cuchillo, el metal líquido, pide sangre nuevamente, esta vez no solo una lenguetada sino un sorbo prolongado. Me es imposible seguir ocultandome, seguir escondiendo mi pasado, cambiando mi nombre, modificando mi historia. Cometí el peor error: hacer una buena acción sin medir sus consecuencias. No debí cambiar ese paquete de vasos. No debí haber empujado a Henry.

Sabía que estaba en apuros cuando al cambiar la caja de vasos de plástico, alce el brazo y la blusa manga larga de seda se deslizó debajo de mi muñeca, lo suficiente para mostrar las pruebas de mi pasado. Miriam resistió la tentación de preguntar al respecto pero no lo olvidó. ¿Cómo ignorar las marcas transversales en mi piel? No eran producto de un accidente, eso lo notaría cualquiera con un poco de mundanidad, los cortes eran demasiado nítidos, todos con la misma longitud. Me he sentido tentada a medirlos, pero solo verlos me hace estremecer.

Son productos de mi culpa, mi forma irracional de lidiar con la presión. Sé que mi psicólogo tendrá algo que decir al respecto, en contra, por

supuesto; pero no es algo que me inquiete en este preciso momento.

¿Es normal imaginar a Miriam morir? ¿Es normal imaginarla ahogarse, estrangulada en un callejón iluminado por la tenue luz naranja del atardecer, es común que me regocije con esas imágenes? No para mi.

Tiempo atrás, tuve que matar a alguien. El reporte de la policía dice que fue un accidente. ¿Qué pensaría la gente al enterarse que se trató de un homicidio premeditado? Esa era la pregunta que me acosaba día y noche. Me felicitaba por mi triunfo, pero pensaba en la llamada hipotética, el señalamiento fortuito, la acusación puntiaguda. 3/05/19

No hay mejor secreto que el que no se dice, pero es mucho mejor el que nadie presencia. Para mi mala fortuna, alguien descubrió lo ocurrido. Alguien me vio empujar a mi entonces ex-novio a la piscina, lo hice a sabiendas que no podía nadar. Le había dicho que nos reuniésemos para hablar de nuestra relación, aún si ya sabía que estaba acabada. Prometo que seré breve, con esas palabras lo convencí. Él podía confiar en mis promesas, siempre las cumplía. Te daré lo que quieras esta noche, si necesitas dinero solo dímelo, no sé qué haría si me llegases a traicionar.

Al reflexionar al respecto es algo tan estúpido, no puedo decir lo fue porque es parte de mi presente, es la sombra que sustituyó a la mía, más oscura, tangible como el petróleo, no es solo el bloqueo de la luz.

¿Podrías hacer algo para remediar lo que me hiciste? Le pregunté, sus pies estaban a solo centímetros del borde de la piscina del gimnasio escolar. La idea vino entonces: solo había una posibilidad. No debí engañarte. Lo siento, pero encontrarás a alguien. Me dijo con voz lastimera, falsa. Ya la había escuchado antes, solo quería callarme. Yo quería callarlo para siempre. Yo si pienso en una forma, el agua me pedía empujarlo, entregarlo como un sacrificio, volviendo a nacer. Entonces cayó al agua. Corrección: lo empuje, el agua lo tomo con su manto celeste y lo retorció dentro de sí como un trapo antes de tenderlo. Me fui del gimnasio como si nada hubiera ocurrido.

Alguien me vio cometer el hecho, tal como Miriam ha visto mis cicatrices. Me confié, deje las pasar las semanas sin decir nada, sin confesar. Eso hizo todo mucho peor. Si hubiera dicho que Henry había intentado propasarse conmigo, que había hecho todo en defensa propia, podría haberme defendido. Ahora no estoy confiada, estoy aterrada.

He sido una excelente gerente, he hecho mi deber, que me ha costado mucho más culpa de la que esperaba. En prisión me hice las marcas, recordatorios que aún estaba con vida. Era presa fácil de mujeres que habían cometido crímenes a sangre fría, que me consideraban una mojiigata hipócrita. Yo sabía la magnitud de mi crimen, pero no esperaba las críticas de personas con record peor que el mío. Intentaba ser

indiferente con ellas, luego me obligaron a cortarme para recordar lo que había hecho. No lo podía olvidar en la situación en la que me encontraba, pero ellas querían asegurarse.

Así que aquí estoy ahora, mordiendome las uñas en lugar de pasar una navaja filosa en mi muñeca, es lo que desearía hacer, siento inclusive una comezón, como si las cicatrices pidieran una nueva, una mayor, el sacrificio final.

Miriam va a descubrir quién soy. Me va a exponer. Yo misma lo haría si fuera ella. Ha deseado mi posición por tanto tiempo, no va a perder una oportunidad tan preciada. Yo ya no puedo seguir escapando de mi pasado, no tengo las energías, he hecho lo que he podido y no ha sido suficiente. Como el agua me llamó ese día a hacer tan horrible acción, ahora veo el cuchillo, el metal líquido, pide sangre nuevamente, esta vez no solo una lenguetada sino un sorbo prolongado. Me es imposible seguir ocultandome, seguir escondiendo mi pasado, cambiando mi nombre, modificando mi historia. Cometí el peor error: hacer una buena acción sin medir sus consecuencias. No debí cambiar ese paquete de vasos. No debí haber empujado a Henry.

## Capítulo 5

### 5- Víctima

No había dudado de mi matrimonio con Joshua hasta ahora. Había pasado varias humillaciones y golpes que tenía que esconder con mucho cuidado, pues él no lo había tenido. Pero anoche, mientras jugueteábamos y lo molestaba colocando mi pie frente a su cara, sabiendo perfectamente que lo alteraría, pensé que me halaría o me botaría de la cama, pero en su lugar me dio una cachetada con su reseco pie. El shock es tan grande que no sé siquiera si puede ser catalogado como una cachetada. Y ¿por qué me preocupo de un detalle tan trivial y no del enrojecimiento de mi cara?

Él se rió de su gran hazaña y yo me levanté de la cama, por el dolor del golpe me pregunté si dejaría una marca, la eterna pregunta con Joshua y con mi anterior esposo, aunque antes estaba más preocupada por lo elevada que llegaría su voz o hasta donde llegarían sus golpes, con Joshua es diferente. Sin embargo, no por eso menos complicado.

Una gota de sangre salió de mi nariz, y recordé la vez que entré a la estación de policía, el día que decidí abandonar a mi primer esposo. Tenía el rostro lleno de moretes, raspones, tierra y sangre. Ese día tuvimos una pelea en el automóvil. Empecé a golpearlo, cuando de la nada, tal como ahora, un momento de epifanía me había llegado y me dije, ¿por qué tengo que aguantar a este hijo de perra? Me insultó, creo que me dijo imbécil, luego yo le devolví el insulto y detuvo el auto. Estábamos cerca de casa. Entonces me abofeteó y yo empecé a golpear sus hombros como una niña resentida hasta que él salió del auto y me pidió salir. Sentados, ambos eramos de la misma estatura, pero fuera del automóvil él era imponente y tenía esa ventaja, con el sol tras de sí, creía ver una estatua, una muralla. No lo dejé abrir mi puerta, tan pronto como él activaba las puertas con el pequeño control azul, yo la volvía a cerrar. Sabía que iba a pagar caro.

Estábamos frente a la casa, entonces él perdió la paciencia, como era su costumbre, pero está vez en público; cuando vio que no tenía una oportunidad contra mi estrategia, amenazó con una piedra al vidrio de la puerta y la abrí. Tan pronto lo hice, la piedra cayó al suelo y pronto me uniría a ella luego que él me halara del cabello con violencia. Cuando intenté escapar me arrastró por el jardín jalándome los pies como una muñeca. Logré aguantar lo suficiente para que los vecinos llamaran a la policía al presenciar el escándalo.

En la estación de policía, estaba horrorizada, no solo por mi apariencia, mi blusa celeste y mi pantalón azul embarrados en mugre, sino por la posible opinión del público. Era una periodista y sabía lo terrible que les va a las víctimas, a diferencia de lo que la mayoría cree, la gente no siempre le da

la razón a las víctimas, especialmente a las mujeres golpeadas, siempre es, ella debió haberse ido antes, ya sea cuando mataban al marido o cuando se terminaban suicidando. Antes era siempre la palabra clave, me encontraba en el momento y debía pensar en lo que pasaría después.

Al mismo tiempo, debo admitir que la idea de ser una víctima exitosa era tentadora. Ya veía a todos mis colegas periodistas acercándose y pidiendo mi versión de los hechos, haciéndome entrevistas. Finalmente había una mujer que podía hablar del abuso con propiedad y con las herramientas necesarias. Sin embargo, ese día, o hubieron noticias más importantes o a nadie le importó lo ocurrido. Hasta los vecinos fingieron que nada había ocurrido, entonces entendí porque muchas mujeres no dicen nada, ¿cuál es el punto de decir algo que todos quieren ignorar o que nadie quiere realmente oír? El día siguiente, cuando llegué a mi casa con muletas, esperaba un recibimiento digno de una novia recién casada, o una novia plantada dada la tragedia, pero no encontré nada más que una casa en absoluto desorden. Mi esposo ya se había ido. Solo los rasguños habían quedado en mi piel.

En el divorcio no obtuve mayor cosa ya que ninguno de los dos poseía mayor fortuna, así que salí de mi matrimonio con dolores crónicos en algunos lugares, especialmente en las noche de frío o al agacharme. Así que esto es ser una mujer violentada, me dije, que es básicamente ser una mujer olvidada, ciudadana de segunda categoría. Asistía a terapias creyendo que había cicatrices que curar, aunque lo hice de nuevo por el deseo histriónico de contar mi historia, aunque me alabé por no ser de esas débiles que extrañaban al abusador o se lamentaban en lo ocurrido. Habían mujeres con peores historias ahí, golpeadas hasta terminar en diálisis u operaciones de cabeza por coágulos en la cabeza por los golpes, una mencionó una vez que recibió un balazo en el brazo. Fue una noche triste para las mujeres nuevas que llegan esperando ser el mejor caso, como la mejor narración en una clase de literatura.

Jamás había creído en el mito que los abusadores llegaban a las mujeres abusadas como llevados por una feromona secreta o como si nosotras tuviéramos una especie de campo gravitatorio propio, como si nuestro rostro y sus manos fueran campos magnéticos opuestos, listos para un choque. Pero así fue. Un hombre apareció en mi vida y no me hice muchas ilusiones pero pensaba en él lo suficiente para considerarlo como una distracción de mis recuerdos de violencia y humillaciones. Un día iba con una de mis nuevas amigas del grupo de terapia cuando le señalé al hombre en cuestión, aterrada volvió a verme como si hubiera un fantasma tras de ella, así era.

Es el ex esposo de Melanie, me explicó, senti un nudo en la garganta deshacerse. Una idea había sido fecundada en mi mente, pero necesitaba

tiempo para desarrollarse.

Mi jefa siempre me había dicho que mi trabajo era mediocre, mi esposo lo reiteraba explicando que no entendía mi deseo insensato de trabajar, especialmente al mencionarle las palabras poco motivadoras de mi superiora.

Luego de dejar ese matrimonio de violencia. Dejé ese trabajo donde tampoco me sentía a gusto con una mujer detestable como mi jefa, lo menos que necesitaba era negatividad.

Me fui a otra revista donde aún redacto las columnas de opinión sobre temas triviales, ¿Cómo educar a tus hijos en valores? ¿Cómo evitar ser víctima de un robo en línea? ¿Cómo identificar si tu hijo es un bully o es víctima de bullying? Finalmente vino el artículo que me trajo una sed de justicia, ¿Cómo reconocer a una víctima de violencia intrafamiliar? Mis fuentes siempre eran las mismas: internet, es decir, nada real. Sin embargo, ahora tenía una nueva: yo misma.

¿Quién mejor para contar la historia de la violencia que la mujer que la había experimentado? ¿Cómo no revelar esas pistas en un esposo que está a punto de explotar: golpear objetos cercanos, respirar hondo, cerrar el puño, elevar la voz, insultar? Tenía las historias y los detalles. Puse lo que pude en la pequeña columna de veinte líneas y no me quedé satisfecha. Necesitaba más. ¿Cómo resumir mi insatisfacción y mi ira en veinte malditas líneas?

Recordé al estar en la estación de policía el deseo que las cámaras aparecieran para preguntarme sobre el incidente, sobre cómo mi marido me había golpeado y cómo yo había salido viva apenas, aunque seguramente la primera pregunta que me harían sería si trabajaba o si dependía económicamente de él, necesitarían esa línea para excusarlo por su conducta y para culparme: no me iba de casa porque lo necesitaba. Lo cierto era que no lo dejaba porque a veces olvidaba los golpes o los insultos y también porque no quería que otros los recordaran en caso de dejarlo y que todo se descubriera.

No solo imaginé los periodistas de cadenas hermanas sino editoriales. Quería escribir mi libro, quizá con algunas exageraciones, dramatizaciones, más oh no por favor me haces daño y menos déjame en paz (que era usualmente mi método de defensa. Es innecesario mencionar que no tenía mucho efecto). Entonces entendí lo obvio, la razón por la que

nadie había movido una pluma por mi historia: no era lo suficientemente víctima, no habían recaídas ni consecuencias psicológicas, no había aprendido mi lección.

El artículo flotaba sobre mí como las burbujas sobre los personajes de las caricaturas, estaba bien delineada pero sin contenido. El comentario de mi amiga de la terapia en grupo vino a mí, el que me dijo luego de señalarle al hombre con el que pretendía rehacer mi vida.

Parece que los malditos nos buscan para seguir lastimándonos.

Ni un hombre más me buscó. Yo los busqué desesperada, como si los golpes fueran parte de una fantasía extraña, como si en mi infancia los hubiera normalizado en lugar de detestado, y no, nunca hubo violencia entre mi mamá y papá si se lo preguntan.

Con mis primeros pretendientes, me di cuenta de lo fácil que era exasperar a los hombres, hacerlos que te halaran la mano con fuerza cuando hablabas con otro hombre en la discoteca, llevarlos a la desesperación cuando vas de compras a diferentes tiendas sin comprar nada, o que te hablaran con la voz elevada cuando no decidías algo del menú del restaurante. Una vez, una de esas cuantas citas experimentales me golpeó al salir del restaurante y me pidió que nunca lo volviera a humillar de esa forma o la pagaría caro. No lo vi como un sujeto de estudio apropiado, ya que era demasiado voluble. Tampoco es mi objetivo terminar muerta con un manuscrito sin publicar.

Joshua tuvo mucha paciencia y mostró lo mejor de sí por mucho tiempo. Yo hacía mis berrinches, mis imprudencias, o hacía mis pataletas inmaduras sin ninguna consecuencia. Inclusive creí haber encontrado finalmente el hombre de mis sueños, pero a la primera cachetada luego de decirle que había olvidado recoger su ropa de la tintorería, eso en nuestra primera semana de casados, supe que Joshua era tal como todos los hombres, tal como yo esperaba para bien o para mal.

¿Qué es ese poder que creen tener los hombres sobre las mujeres? Como padres castigando a sus hijos, como entes superiores elevándose sobre nosotras como nubes dispuestas a caer con rayos y cantaradas de agua. ¿Qué se creen? He notado las expresiones de mis esposos cuando consideraban dominarme, la mano en el cuello o agarrando el brazo con la firmeza de una tenaza. Es una mirada que dice, puedo desaparecerte cuando pueda, una mueca soberbia de los monarcas. No solo creen que

me dan una lección sino que lo merezco y que ellos son los mejores encargados para esa gran labor casi divina desde su perspectiva.

He intentado entenderlo, mi cuerpo es prueba de ello. Muchos dirán que soy una tonta por aguantar lo que soporto por mi investigación. Podré ser una tonta, pero una tonta con una razón.

Así que aquí estoy ahora frente al espejo con la nariz sangrando y me pregunto que será de mí. Es cuestión de tiempo para que Joshua pierda la paciencia o que yo la pierda. No quiero que escriban de mí estando muerta. Joshua podría dar su versión y en vez de terminar como una víctima tonta dejada, podría terminar como simplemente una tonta. Podría atribuir mi causa de muerte a algún accidente trivial que me dejaría en las peores de las sombras.

He pensando en la posibilidad de matarlo. Una vez que me golpeó en la cocina por no haberle preparado la cena, vi el filoso cuchillo como un espejo donde veía a una amazona tomando el control de su vida, pero deseché el pensamiento. ¿Será el papel tan libre en prisión como lo dicen?

Aún puedo dejarlo y escribir mi libro, ya tengo bastantes historias para hacer más de doscientas páginas, lo he ido redactando en secreto en las noches, o cuando él se va a sus viajes de negocios que son un eufemismo para las aventuras que debe tener. Para él todas las mujeres son las mismas: un juguete sexual, también para mí los hombres son lo mismo, pero es algo de lo que alejarse mientras se está a salvo.

¿Escribiré mi historia con tinta o con sangre? Deslizo mi dedo en la gota de sangre que se desliza en mi nariz y entonces sé la respuesta.